EL ESCARAMUJO

LA REVISTA DE JABALOYAS

ASOCIACION CULTURAL SAN CRISTOBAL

ÍNDICE

1.-Nuestra historia.....3
Las fiestas de antaño según Eloy Domingo.
2.-Baltasar Induráin.....7
Entrevista al antiguo párroco del pueblo.

3.-Otras tierras con encanto.....10
Las Grutas de Cristal.

4.-Aragoneses lustres.....11
Vida y obra de Francisco de Goya.

5.-Naturaleza viva.....13
Aragón al natural.

6.-El rincón del lector...15
"El libro de la felicidad".

7.-La Bruja Raimunda...16
Cuento brujeril.

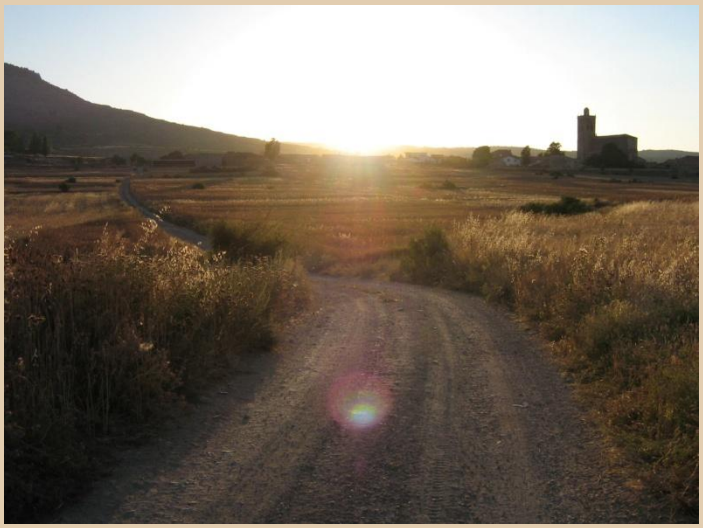
8.-¡Ay, maño!.....19
Cómic y Agradecimientos.

Nuestra historia

Las fiestas de antaño

Todos conocemos cómo son las fiestas de Jabaloyas en la actualidad, pero, ¿cómo eran en los tiempos de nuestros abuelos, cuando nuestros padres eran solo unos niños, e incluso antes? El Escaramujo habló con Eloy Domingo Valero, nacido el 5 de marzo, martes de Carnaval, de 1935, quien amablemente nos relató cómo eran las fiestas de nuestro pueblo antaño, según sus recuerdos y la memoria transmitida a través de generaciones.

-Eloy, nos gustaría que nos hablaras sobre cómo eran las fiestas antaño, qué recuerdas de la forma en la que el pueblo las celebraba.



-Entonces se celebraban muchas fiestas. En el Corpus, se celebraba una buena fiesta, se hacía la procesión por el pueblo. Luego llegaba Semana Santa; empezaba la fiesta ya el lunes anterior a Jueves Santo. Todas las chavalas y chavales poníamos macetas en los sitios más oscuros de la casa, de hierro y de cosas así, y luego salían cuando llegaba el día de miércoles de Semana Santa, y se llevaban a la iglesia, y como no les había dado el sol, era todo blanco, que daba gozo aquellas plantas lo bonitas que estaban (pero naturales, no había rosas, ni dinero para comprar, y nos arreglábamos con eso). Y luego Jueves Santo, fiesta de las más grandes del año, ya se ponía allí el tumulto de Jesucristo, y se velaba hasta el sábado por la mañana, día y noche; se hacían turnos los jóvenes y las jóvenes, y allí día y noche a hacerle compañía al Señor en la iglesia. Y al día, se tocaba misa con unas carracas y unos mazos que había por las calles, y hasta el día de Sábado de Gloria, no se tocaban las campanas. Y entonces, aquella mañana se bandeaban las campanas, y se tocaba a misa, y esa mañana pues se hacía... el niño estaba en la Virgen, y la Virgen de los Dolores, en la iglesia, y entonces se empezaba a tocar las campanas, y se iban, una cuadrilla a la ermita, y la otra, en la iglesia, y se sacaban al mismo tiempo, a un toque de campana, se salían los dos al mismo sitio, la Virgen y el niño, y el encuentro de la madre y el hijo se hacía en la portera de la Virgen, y entonces ya se venían todos a la iglesia. Le quitan el manto negro a la Virgen, al ver a su hijo que ha resucitado. La víspera de ese día, o sea, la noche del viernes al sábado, se hacía un Judas y se ponía allí, donde las nogueras que hay yendo hacia la Virgen, y cuando ya pasaban la Virgen y el niño que iba, se le pegaba fuego.

-Háblanos de Los Mayos.

Los Mayos es el día 30 de abril. Entonces estaba la costumbre de que los mozos íbamos al bar, como para el baile, un año a casa de tu abuelo Martín, otro año a casa del tío Fidel, y la costumbre es que cada uno se cuece los huevos que quiere, los lleva allí, se los cuecen y luego se los dan, y a las 12 en punto, en la puerta de la ermita, cantando el Mayo a la Virgen, y el Mayo ese... bueno, todos son subastados, pero ese tenía otro significado. Y allí cada uno puja lo que quiere, hasta que no se de más, y entonces, el que se quede ese mayo, lo que paga por él, es para cera para la Virgen. El primer Mayo a las 12 en punto, era para la Virgen, lloviera, cayeran chuzos de punta... era para ella; de verdad, que nos hemos pegado muchos años chupas de agua de campeonato, porque llovía, y hemos ido a cantar el Mayo a la Virgen, y a continuación de allí, pues íbamos de casa en casa, donde había mozas; se les cantaba el Mayo, también se pujaba por el Mayo, pero eso ya era para la fiesta que se hacía para la comida de los mayos. Pues si uno tenía intención por una chica, pujaba por ella. Y después tenía que ir el que le habían adjudicado el Mayo con una

moza, tenía que ir a los padres, a ver qué les parecía (aquello era lo más duro, ir a preguntarle al padre de la chavala qué le parecía el Mayo). Y luego hacían un baile, la comida (cuyo plato esencial eran los huevos duros... luego se le añadían anchoas, sardinas... lo que se quisiera, pero lo esencial, los huevos duros). Y luego la comida que hacían ellos, lo que se acordaba, ese día tenían derecho a bailar con la moza que habían cogido todo el día, todo el baile, no podían cambiar, y el único que podía bailar con todas, pero solo un baile con cada una, y después repetir, si faltaban, era el que hacía el Mayo a la Virgen. Sí, porque ese, como no tenía pareja, tenía el bono para bailar con todas. Era emocionante aquello, era bonito.

-¿Qué recuerdas de la Fiesta de Los Mozos?

-En Junio, estaba la Fiesta de Los Mozos; esa es el día del Sagrado Corazón de Jesús, que siempre cae en viernes; no tiene fecha fija, pero siempre cae en viernes. Esa fiesta se hacía a lo largo del año, porque los mozos

íbamos con capas, pero había cinco, que esos eran los cuatro hacheros y el mayoral, que esos estaban todo el año (se nombraban de año en año, no eran permanentes). Y cada domingo, iban a misa con las capas los cinco, y después se iba a pedir por las puertas, a la Virgen, y luego todo lo que se sacaba, se guardaba para las Fiestas de Los Mozos. Las fiestas ya grandes, como el Corpus, la Ascensión, la Semana Santa, Navidades, Reyes... íbamos todos los mozos cada uno con nuestra capa, todos formados allí, dos hileras entre los bancos durante toda la misa. Pero luego los que tenían que ir por el pueblo, eran los cinco que les tocaba cada año, y el día de la fiesta... o sea, en las fiestas que se hacían cada año, como Pascua, que se hacía en la Virgen y todo, pues todo, su procesión, desde la puerta de la iglesia a la misa a la ermita.

-¿Se hacía luego algún baile?

-Entonces el baile se celebraba en el granero, al haber tanta gente. En las fiestas de verano, que ya habíamos tanta gente, en el granero o en la calle. A veces, si hacía muy buen tiempo, íbamos a las eras a bailar. Se limpiaba de cardos y todo, y se bailaba allí.

-¿Qué músicos se traían, o eran los propios del pueblo?

-No, se traían acordeonistas, siempre dos o tres músicos... tocaban la batería, el acordeón, y otra vez tocaban saxofón, batería, la trompeta... pero cada año venía una orquesta de tres o cuatro músicos.

-¿Cuántos días duraban las fiestas?

-Un mínimo de tres, o dos y medio. Empezaban el viernes, poco después del mediodía, y luego el sábado y el domingo.

-¿Qué actividades se hacían para los niños: juegos, alguna comida especial?

-Los niños, la víspera de la fiesta, en casa del mayoral de los mozos, en la puerta, iba todo el pueblo, y en la puerta todo el mundo les daba una taza de cañamones, y para los mayores, cañamones, vino y tabaco, y allí ya se pasaba un buen rato, y si el sitio lo permitía, pues se bailaba allí un rato, y después, a bailar al granero. Y luego el día de la fiesta, pues también se le daba a la gente joven cañamones. Era costumbre, y así se pasaban los días.

-¿Por aquella época se traía vaquilla?

-Aquí se trajeron pocos años vaquilla; se empezó a traer por el año 52 ó 53, pero luego hubo un año que se escapó una vaquilla que estuvo a punto de matar a una mujer, aquí en la esquina, a la tía Natividad, la madre de Francisco y Consuelo. La tuvieron que matar en la Veguilla a tiros, y desde entonces ya no han hecho más vaquillas aquí en el pueblo. Eso fue antes de los ochenta. Aquí no se hizo muchos años debido a aquella desgracia, y ya no se ha hecho más.

-¿En Agosto se celebraban fiestas? Porque ahora es la fiesta grande.

-No. Esa fiesta ahora es la Fiesta de los Mozos, que debido a que aquí en el mes de junio no hay nadie, porque todos estamos por ahí, a lo mejor si hacen la fiesta, ¿cuántos hay aquí? Tres o cuatro, aparte de los cuatro que hay en el pueblo, los cuatro que hay en Teruel, que viven cerca.

-¿De cuándo data la tradición de subir a comer al Jabalón para la fiesta de San Cristóbal?

-Mi abuela siempre me dijo que ella siempre la había conocido, que siempre se había hecho, excepto un año, que dice que el ayuntamiento no andaba bien de fondos, -porque esto es una fiesta del ayuntamiento-, y no hicieron fiesta. Dicen que se les apedreó todo; desde entonces se ha vuelto a hacer. Se hacían por lo menos tres días de fiesta. Esa fiesta es del 10 de julio. Entonces salía la romería desde la puerta de la iglesia, y había cuatro "cargos" que llamaban, cuatro matrimonios cada año, y cada matrimonio tenía que llevar una pareja, mozo y moza –fueran amigos, fueran sobrinos...- y las caballerías se enjaezaban que daba gozo, porque se les

ponían unas cabezadas con clavos brillantes, y luego las mozas ponían la mejor colcha que tenían, e iban como los caballos aquellos de los medievales con aquellos faldones hasta abajo, y se subía. Pero luego ya no eran aquellos ocho, que era la obligación, que iba ya todo el pueblo con las caballerías arriba, y habían muchas mujeres que subían incluso descalzas a San Cristóbal para hacer una ofrenda. Se subía por el camino, que no había carretera entonces. Se subía por enfrente la Canal, recto para arriba por el decaladero al collao, y arriba al cerro. Y allí se oía misa, y entonces cada familia llevaba su merienda y se comía en grupo. Había una cosa curiosa: cada uno tenía su sitio para sentarse, y si un año faltaba una familia por una defunción o lo que fuera, aquel sitio quedaba vacío, nadie se ponía allí. Aquello era bonito, emocionante. Esa fiesta duraba tres o cuatro días. Debido a que nos fuimos tanta gente del pueblo, veníamos aquí y ya no teníamos la familia para ir a comer. Entonces veníamos y traíamos jamón, embutidos, latas... y ya aquello desdecía un poco con la costumbre tradicional. El tío Cristóbal, que era alcalde entonces, fue el que dijo "venga, todos a comer igual" y es cuando ya se empezó a dar carne a todos. Esto sería por el año 65-66, por esas fechas... y hasta hoy. Con las fiestas de agosto, al no haber ya casi gente, para San Cristóbal, en vez de varios días, se dijo que uno; se sube allí a la romería con coches, se come allí, se pasa el día, y al día siguiente, cada mochuelo a su olivo, ya no tiene más remedio. Entonces digamos que unificaron las dos fiestas y las hacen en agosto, la fiesta grande. Pero San Cristóbal sigue. Antes, cuando aún se trillaba con las caballerías, normalmente se terminaba de trillar para la Virgen de Agosto; de segar, para Santiago, y para trillar, para la Virgen de Agosto, y entonces ya que la gente estaba, limpia de polvo y paja que se dice por aquí, fiesta. En las fiestas de San Cristóbal se hacían carreras de caballos, de mulos y de burros, pero por separado. Y tenían su premio. Al ganador se le daban cinco duros; la carrera era desde la esquina de la casa de Montero hasta la portera de La Canal, donde están los depósitos del agua, ir y volver. Y después había carreras de sacos de tres o cuatro categorías, con niños y mozos que corrían solos. La carrera era desde la plaza a la Virgen, que es llano, ir y volver. Después se tiraba al barrón, se jugaba a la pelota –de frontón, no con raqueta como ahora-; a la calva. Cada día se hacían eliminatorias, porque había mucha gente; "a ti te toca, de tal a tal hora"; se podía alargar cinco o diez minutos, hasta llegar a los puntos estipulados, y se iban eliminando hasta llegar a la final. Entonces no se pagaba nada, lo pagaba el ayuntamiento, porque entonces tenían ingresos de los pinos, y lo podían hacer. Ahora no tienen ingresos, pues no lo pueden pagar; ya hacen bastante que te dan la comida allá arriba y muchas cosas así; y lo demás pues mira, con la cuota que paga cada uno y lo que se va sacando del bar y todo, pues se va siguiendo adelante.

-¿Había peñas en aquella época?

-Lo de la peña San Cristóbal, la peña El Bache... lo empezó tu tío –Martín-, y la cuadrilla... Joaquín Trujillo, mi hermano Luis, toda aquella tropa. Todo eso es muy posterior.

-¿Qué otro tipo de fiestas se celebraban en Jabaloyas?

-Se hacían fiestas populares, fiestas locales... eso era cuestión de ir a misa... por ejemplo, "Todos los Santos", se empezaba por la víspera, ya como de luto, y se tocaban las campanas casi todo el día y casi toda la noche. Y estábamos una hora tocando, y nos bajábamos al bar, que estaba toda la gente allí. Yo estuve muchos años,

hasta que me fui a la mili, que tenía que subir todos los días a dar cuerda al reloj, y a tocar, la víspera de fiesta, al mediodía se tocaba la campana, y luego, el día de la fiesta, misa. Los sábados, se tocaba la campana por la tarde, anunciando la fiesta del domingo, y los domingos, también. Si quería venir algún amigo, venía, y si no, me tocaba a mí solo.

-En Navidades, ¿se hacía alguna otra celebración especial?

-No, no, era una fiesta como es ahora, familiar. Lo que había era más concurrencia en los bares, la gente salía un rato; la comida era más especial, como en Jueves Santo, por ejemplo, pero así, reuniones, si no era en el bar para echar el guiñote o cualquier cosa, pues nada. Luego lo que hacíamos muchos días en el baile, los domingos, -no hacía falta que fuera fiesta-, era un ponche, un lebrillo de aquellos grandes que hay lleno de vino con frutas; se le echaba anís o algo para que estuviera más sustancioso. Estábamos allí; se llevaba un pozal con agua, un vaso y un cazo, y cada uno que llegaba, se echaba su vino –chicos y chicas, ¿eh?- se enjuagaba el vaso o el cazo y arreando, allí no había más que un vaso para todos. Oye, pues era divertido. En Navidad y en los Reyes Magos, salíamos por la noche los críos de edad escolar, no los mayores, los críos… íbamos de puerta en puerta diciendo: "¡aguinaldos, duros y blandos!" (sí, porque igual te daban nueces, te daban unos higos, alguna manzana, una naranja…), y luego nos los repartíamos entre todos; se hacían montones separados por especias y nos los repartíamos. No era nada, y a veces te daban una perra o dos. Pero eso ya eran los padres, dependiendo del poder adquisitivo de cada uno. Recuerdo que a Montero le compró su padre para Reyes una bicicleta, un triciclo de aquellos de tres ruedas que había antes… y empezamos a montar todos los chiquillos de la escuela en el triciclo menos él, hasta que se deshizo el cacharrico… si es que no había nada, oye… pedías para Reyes y ya no te preguntaban qué querías, te ponían cuatro naranjas, cuatro mandarinas, unos higos y un juguete… aquello ya era una cosa extraordinaria, te los hacías tú con una lata de sardinas. Las chavalas cogían y se hacían las muñecas de trapo, y las cuidaban… bueno, más que ahora, con todas las muñecas que tienen. Y nosotros, para jugar al frontón, nos hacíamos la pelota. Donde veíamos unos calcetines de lana colgados, nos los llevábamos, los deshacíamos para hacer la pelota… lo que había.

-Gracias, Eloy, por compartir tus recuerdos con El Escaramujo y sus lectores.

Entrevista a Baltasar Induráin

Baltasar fue durante veintitrés años sacerdote de Jabaloyas, Alobras, Saldón, Tormón, Valdecuenca y Veguillas. El martes 12 de octubre de 2010, en el Día de la Hispanidad y Día del Pilar, habló para El Escaramujo en la Iglesia de Nuestra Señora de la Asunción.

-Baltasar, ¿es esta la última misa que das en Jabaloyas?

-Bueno, ya iba a ser la última misa hace mes y medio, pero después de una nueva reforma que ha habido, el provincial mío de los Paúles le pidió al obispo José Manuel, que estaba en Cartagena, que hasta que viniese el nuevo obispo (que el otro día tuvo la toma de posesión en Teruel) y hasta que hagan la distribución de todo, que me quedase dos meses más. Como te digo, ha pasado mes y medio; yo espero hasta Todos los Santos, aunque el otro día me llamó el vicario y dijo que el obispo don Carlos aún quiere estar conmigo. Pero yo ya tengo el destino, por lo que hasta el día de Todos los Santos, 1 de Noviembre, estaremos por aquí, aún en Jabaloyas.

-Y una vez que abandones la tierra aragonesa, ¿cuál es tu destino?

-Mi destino va a ser Murguía. Ya sabes que soy de los Paúles, una congregación religiosa que está dividida por toda España: Barcelona, Madrid, Salamanca y Zaragoza, a la cual pertenezco yo. Tenemos casas en Pamplona, San Sebastián, Murguía… y a mí me manda el provincial a Murguía, a un colegio que tenemos allí con unos pueblecitos muy cercanos, entre Pamplona y Vitoria.

-Háblanos de tus orígenes.

- Yo nací el 6 de enero de 1934, y me pusieron "Baltasar", por ser el día seis el día de los Reyes Magos. Soy originario de una tierra muy navarra, cerca de Javier, al que algunos de aquí de Jabaloyas hemos ido ya varias veces de excursión, y estoy en la muga de Aragón y Navarra (la baja Navarra). Desde mi pueblo, que se llama Ayesa, se ve Sos del Rey Católico, que ya es Aragón, (que te sonará y es muy conocido). Pues de ahí cerca, es un pueblecito

-¿Cuándo sentiste la llamada de la fe? ¿Qué te decidió a dar el paso?

-Me acuerdo que yo de pequeño era monaguillo o acólito. El cura del pueblo me mandó a estudiar a Pamplona, y allí fui.

-¿Qué les pareció a tus padres, a tu familia entonces, tu decisión?

-Han cambiado mucho los tiempos; entonces era una alegría muy grande para una familia tener un cura o un religioso, una monja o una religiosa.

Pueblo de Murguía

-¿Cuáles fueron tus siguientes pasos?

-Mis primeros años los pasé en Pamplona, donde se hacen cinco años de Humanidades; después fue Santander… Limpias, donde se encuentra el famoso santo Cristo de Limpias. Allí hice el noviciado; después, hice filosofía en Hortaleza, un pueblecito de Madrid cerca de Madrid; teología en Salamanca (otros tres años) y después canté misa en el sesenta, un año de pastoral en Inglaterra. Entonces, en aquellos años, iban muchos chicos y chicas a Inglaterra, e íbamos para atender en las iglesias los domingos a toda esa población hispana que estaba en Londres. Allí estuve en el 60-61. Después, estuve en Perú durante veinte años.

-¿Qué recuerdas de aquella etapa?

-Mucho. El año pasado estuve veinte días, tras haber estado allí veinte años de misionero.

-¿Lo encontraste muy distinto a como lo dejaste?

-Muy distinto, muy distinto.

-¿Ha evolucionado?

-Sí, tanto política como religiosamente, lo encontré más evolucionado. Antes, la pobreza era mucha, aunque hoy todavía la sigue habiendo.

La Cordillera de Los Andes (Perú)

-¿Quieres comentarnos qué hiciste en Perú?

-En el Perú estuve en la Cordillera de Los Andes, con los misioneros. Estábamos en una comunidad con veintitrés pueblos. Estando allí empecé a conducir. Íbamos en jeep hasta donde había carretera. Como en muchos sitios no la había, íbamos a caballo, cinco horas de ida y otras cinco de vuelta. Hacen fiesta allí en Los Andes, donde hay grandes iglesias, que uno se maravilla cómo han hecho. Si aquí la iglesia de Jabaloyas es tan grande… pues eso hacerlo a cuatro mil quinientos y a cinco mil metros de altura… ¡cómo hacían aquellas obras!

-Debiste quedar muy impresionado al ver todo aquello…

-Sí, sí… estuve veinte años allí. Después estuve en Lima de destino, en Pisco (donde hace tres años hubo un gran temblor, que murieron tantas personas…) allí estuve cuatro años.

-¿Qué recuerdo destacarías?

-Pues muchas alegrías. En todos los destinos que estuve, la gente era muy sencilla.

-¿Te costó abandonar Perú, el volver aquí?

-Sí, fue por mis padres. Los provinciales querían que volviese, pero en fin, tenía que estar aquí con mis padres, que ya eran mayores.

-¿Cómo encontraste España a la vuelta, tras esos veinte años?

-Con unos cambios tremendos. Si me acuerdo que cuando fui al Perú, en mi familia no había ni coche, ni una bicicleta… hablo del año sesenta. Pero después, cuando vine a los cuatro años, que venía a ver a la familia, ya veía que empezaba a haber en los sitios una televisión, en blanco y negro, después el que más podía tenía ya un cochecico, un seiscientos…

-Iban evolucionando poco a poco…

-Mucho… pero al mismo tiempo que yo veía cómo progresaba la gente materialmente, en el orden espiritual, bajaba.

-¿En qué momento viniste a trabajar a Aragón? Tras regresar a España, ¿viniste directamente o estuviste en otras provincias?

-Estuve en Daroca, en los pueblos, allí estuve ocho años: Gallocanta, La Laguna de Gallocanta, cerca de Daroca. Éramos una comunidad; teníamos once pueblecitos, tres cada uno. Bien, después dejamos esa parte de los Paúles, en Daroca. Fui un año a Puerto de Sagunto, Valencia, y después ya aquí, veintitrés años que llevamos en este pueblecito.

La Laguna de Gallocanta

-¿Qué fue lo que hizo que te quedaras definitivamente en Aragón, y ya no cambiaras de destino? ¿Fue decisión propia o un poco la congregación?

-El provincial, que es el jefe mayor que tenemos en España, en cada provincia (somos cuatro provincias). Porque después tenemos al jefe mayor, que es el superior general, que está en Roma, pero el que manda en nosotros es el superior. Entonces me mandó aquí, a Jabaloyas… todos estos pueblecitos, a Valdecuenca, etc., ya hubo otros misioneros antes que yo (el padre Ramón

el padre Felipe, el padre Félix…) han estado aquí por lo menos cuatro antes que yo. Yo llevo veintitrés años.

-Después de haber estado cabalgando por el Perú, te tocó recorrer estos pueblos aragoneses en coche… también habrá sido, en ocasiones, pesado y duro.

-Sí, sí, un poquito… sobre todo en invierno; para contar cantidad de cosas, pero bueno.

- Por lo que se comenta en el pueblo, hay un sentimiento de gratitud hacia ti porque siempre has venido a dar misa, aunque fuera invierno y apenas hubiera gente en la iglesia, ahí estabas tú.

-Sí, sí, y yo también estoy muy agradecido, porque también comprendo que venir con el tiempo que hay en invierno es duro; aquí tenemos esta capillita, ponemos un poco de calefacción y nosotros hacemos aquí la misa

-Haciendo un balance de tu experiencia vital, tus vivencias… ¿cómo ves, Baltasar, el mundo actualmente y España en concreto? Cuando se dice que vivimos un tiempo de pérdida de la fe, en el que la gente tiene más interés por lo material… ¿cómo mantener la fe en un mundo invadido por las guerras, el hambre, en el que el dinero está a veces por encima de la vida?

-Dudas, tenemos todos, pero eso ya es entrar en cuestiones de dogmas de fe. Yo comprendo que cada uno es como es, y aunque cada persona tenga sus debilidades, en el fondo todos tenemos lo que hemos recibido de la familia… Hay personas que aunque las veas así, un poco descarriadas con alguna cosa, en el fondo tienen un corazón grande. Y en España, aunque se ha dejado mucho de ir a misa, aún las familias siguen las tradiciones. Hoy es el día de la Hispanidad, de la Virgen del Pilar, y vemos que a pesar de todo, se celebra. En el fondo la fe está ahí.

Baltasar en su fiesta de despedida (agosto 2010)

-¿Quieres mandar algún mensaje al pueblo de Jabaloyas desde estas líneas?

-En la fiesta que me hicieron de despedida, con la emoción me faltaron las palabras de agradecimiento a todos. Aunque haya tenido mis fallos, como humanos que somos, mis pequeños errores… en general, estoy muy agradecido al pueblo de Jabaloyas en todos, todos los sentidos, y que aunque ahora me voy, pienso visitarles aquí.

-Muchas gracias, Baltasar. Te echaremos de menos.

-Que la Virgen del Pilar, la Virgen Milagrosa y San Cristóbal nos guíen y nos bendigan.

¿Qué es la Congregación de los Paúles?

Los Padres Paúles constituyen una Sociedad de Vida Apostólica fundada por San Vicente de Paúl en 1625 en Francia, para la evangelización de los pobres y la formación del clero. Se establecieron en España en 1704. A sus miembros se les conoce popularmente como "paúles", "vicencianos", "vicentinos" o "lazaristas" (debido este último sobrenombre a que en 1632, la casa matriz se trasladó al Priorato de Saint-Lazare, en París).

Otras tierras con encanto

Las Grutas de Cristal

Uno de los fenómenos naturales más excepcionales de Europa se encuentra en el paraje de las Graderas, perteneciente al término de Molinos, un pueblo situado entre el bajo Aragón y el Maestrazgo, rodeado de barrancos y vaguadas con abundantes cursos de agua. Las Grutas de Cristal representan un maravilloso paisaje de estalactitas y estalagmitas que adoptan las más bellas y excéntricas formas, haciendo a la cueva merecedora de su nombre. La gruta tiene 620 metros de largo, y sus suelos están rellenos de una abundante fauna fósil de mamíferos del Pleistoceno superior.

El barranco de San Nicolás, con un impresionante salto de agua de 30 metros y la obra medieval de ingeniería hidráulica, acoge los antiguos lavaderos que representan la Sala de Paleontología y Geología con la mandíbula del Hombre de Molinos y los hallazgos de las investigaciones en las Grutas de Cristal, además de la Sala del Ecosistema, que recoge la flora y fauna, agricultura y ganadería del Maestrazgo. El pueblo también cuenta con un Jardín Botánico, donde antiguamente existía un castillo calatravo, desde cuya atalaya puede disfrutarse de un hermoso paisaje. La Sala de Eleuterio Blasco Ferrer, escultor cuya obra está repartida por museos alrededor del mundo, la Sala de los artistas de Molinos y un programa que recoge más de 1.500 imágenes del pueblo, su historia y sus gentes, pueden visitarse en el Ayuntamiento, el cual es del siglo XVI. Otros edificios de interés son la Iglesia de Nuestra Señora de las Nieves, del siglo XV, de estilo gótico levantino, con dos pilas bautismales en su interior de los siglos III y VIII respectivamente; la ermita de la Soledad, del siglo XVIII, la Casa del Concejo, del siglo XVI, el Torreón de defensa, del siglo XII, o la Alcazaba-Castillo Calatravo, siglos IX-XII.

La historia conocida de Molinos se remonta a hace más de 25.000 años, con el "Hombre de Molinos", el homínido más antiguo de Aragón, cuyos restos se encuentran expuestos en el Museo de Molinos. En la época árabe, se construyó el ajimez de la Casa del Moro y el sistema de regadío de huerta. Molinos fue reconquistado por Ramón Berenguer IV, quien concedió el pueblo a Alcañiz. En 1209, Pedro II lo donaría a la Orden de Calatrava.

¿Cómo llegar a Molinos?

-Desde Zaragoza, a 135 km. Carretera de Castellón, dirección Alcañiz, hasta 12 km. después de Híjar, desvío hacia Andorra-Alcorisa-Molinos. Desde Valencia, a 250 km. Autopista hacia Barcelona-salida Sagunto-carretera de Teruel- Segorbe-Teruel-desvío hacia Alcañiz-Venta de la Pintada-Molinos. Desde Madrid, a 325 km. Alcolea del Pinar-Monreal del Campo-Montalbán-Venta de la Pintada-Molinos. Desde Barcelona, a 300 km. Autopista por Tarragona hasta L´Hospitalet del I´nfant- Mora dÉbre-Candesa-Alcañiz-Alcorisa-Molinos.

Aragones Ilustres
Francisco de Goya

Francisco de Goya y Lucientes fue uno de los grandes maestros de la pintura de nuestro país. Nació el 30 de marzo de 1746 en Fuendetodos, una pequeña localidad aragonesa próxima a Zaragoza. Su padre era pintor y dorador de retablos y su madre descendía de una familia de la pequeña nobleza de Aragón. Asistió a las Escuelas Pías de Zaragoza y comenzó su formación artística a los 14 años, momento en el que entró como aprendiz en el taller de José Luzán, donde Goya permaneció cuatro años. En 1763 viajó a Madrid, donde trabó amistad con otro artista aragonés, Francisco Bayeu, pintor de la corte que trabajaba en el estilo académico introducido en España por el pintor alemán Anton Raphael Mengs. Bayeu (con cuya hermana, Josefa, habría de casarse Goya más adelante) tuvo una enorme influencia en la formación temprana de Goya y a él se debe que participara en un encargo importante, los frescos de la iglesia de la Virgen del Pilar en Zaragoza (1771, 1780-82), y que se instalara más tarde en la corte. En 1771 fue a Italia donde pasó aproximadamente un año. Allí entraría en contacto con el neoclasicismo, que a su vez él adoptaría a su regreso a España, alrededor de 1773, momento en el que se presentó a varios proyectos para la realización de frescos, entre ellos el de la Cartuja de Aula Dei, cerca de Zaragoza, en 1774, donde sus pinturas prefiguran las de sus mejores frescos realizados en la iglesia de San Antonio de la Florida en Madrid, en 1798, fecha en la que comenzó a hacer grabados partiendo de la obra de Velázquez que, junto con la de Rembrandt, sería fuente de inspiración durante toda su vida.

Casa de Goya en Fuendetodos

El Parasol (1777)

En 1789 Goya fue nombrado pintor de cámara por Carlos IV y en 1799 asccendió a primer pintor de cámara, decisión que le convirtió en el pintor oficial de Palacio. Goya disfrutaría de una posición especial en la corte, hecho que determinó que el Museo del Prado de Madrid heredara una buena parte muy importante de sus obras, entre las que se incluyen los retratos oficiales y los cuadros de historia. Éstos últimos se basan en su experiencia personal de la guerra y trascienden la representación patriótica y heroica para crear una salvaje denuncia de la crueldad humana. Los cartones para tapices que realizó a finales de la década de 1780 y comienzos de la de 1790 fueron muy apreciados por la visión fresca y amable que ofrecen de la vida cotidiana española. Con ellos revolucionaría la industria del tapiz. Algunos de los retratos más hermosos que realizó de sus amigos, de personajes de la corte y de la nobleza datan de la década de 1780. Obras como Carlos III de cazador (1786-88), Los duques de Osuna y sus hijos (1788) ambos en el Museo del Prado de Madrid, o el cuadro la Marquesa de Pontejos (1786, Galería Nacional, Washington) le muestran con un estilo elegante en su pintura. Dos de sus cuadros más famosos, obras maestras del Prado, son La maja desnuda (1800-03) y La maja vestida (1800-03).

Cúpula Regina Martirum en la Catedral del Pilar

En invierno de 1792, en una visita al sur de España, Goya contrajo una grave enfermedad que le dejó totalmente sordo y marcó un punto de inflexión en su expresión artística. Entre 1797 y 1799 dibujó y grabó al aguafuerte la primera de sus grandes series de grabados, Los caprichos, en los que, con profunda ironía,

Fusilamientos del 3 de mayo (1808-14)

satiriza los defectos sociales y las supersticiones de la época. Series posteriores, como los Desastres de la guerra (1810) y los Diaparates (1820-23), presentan comentarios aún más cáusticos sobre los males y locuras de la humanidad.

Los horrores de la guerra dejaron una profunda huella en Goya, que contempló personalmente las batallas entre soldados franceses y ciudadanos españoles durante los años de la ocupación napoleónica. En 1814 realizó El dos de mayo de 1808, la lucha contra los mamelucos y El tres de mayo de ese año, los fusilamientos en la montaña de Príncipe Pío (ambos en el Museo del Prado). Estas pinturas reflejan el horror y dramatismo de las brutales masacres de grupos de españoles desarmados que luchaban en las calles de Madrid contra los soldados franceses. Ambas están pintadas, como muchas de las últimas obras de Goya, con pinceladas de grueso empaste de tonalidades oscuras y con puntos de amarillo y rojo brillante. Sencillez y honestidad directas también se aprecian en los retratos que pintó en la cúspide de su carrera, como Carlos IV con su familia (1800, Museo del Prado), donde se muestra a la familia real sin la idealización habitual.

La Vendimia o El Otoño (1787)

Las célebres Pinturas negras (c. 1820, Museo del Prado) reciben su nombre por su espantoso contenido y no tanto por su colorido y son las obras más sobresalientes de sus últimos años. Originalmente estaban pintadas al fresco en los muros de la casa que Goya poseía en las afueras de Madrid y fueron trasladadas a lienzo en 1873. Destacan, entre ellas, Saturno devorando a un hijo (1821-23), Aquelarre (escena sabática) (1821-23). Predominan los tonos negros, marrones y grises y demuestran que su carácter era cada vez más sombrío. Posiblemente se agravó por la opresiva situación política de España, por lo que tras la primera etapa absolutista del rey Fernando VII y el Trienio constitucional (1821-23), decidió exiliarse a Francia en 1824.

En Burdeos trabajó la técnica, entonces nueva, de la litografía, con la que realizó una serie de escenas taurinas, que se consideran entre las mejores litografías que se han hecho. Aunque hizo una breve visita a Madrid en 1826, murió dos años más tarde en el exilio, en Burdeos, el 16 de abril de 1828.

Goya no dejó herederos artísticos inmediatos, pero su influencia fue muy fuerte en los grabados y en la pintura de mediados del siglo XIX y en el arte del siglo XX. Este aragonés ilustre pasó a la historia dejándonos su obra como legado.

Niños del Carretón (1778) **La Duquesa de Alba (1795)** **El Aquelarre de Las Brujas (1798)** **Saturno Devorando a Su Hijo (1823)**

Barranco Chate

Naturaleza viva
Aragón al natural

Los Pirineos, la Depresión del Ebro y el Sistema Ibérico son las tres formaciones importantes que se encuentran en Aragón. Estos límites naturales conforman una gran variedad de paisajes y climas, que afectan de manera determinante a la flora y fauna de nuestra región.

La Comunidad Autónoma de Aragón, compuesta por las provincias de Huesca, Zaragoza y Teruel, se halla en la unidad morfológica y estructural del Valle del Ebro. La rodean dos grandes cadenas montañosas: al norte, los Pirineos, y al sur, el Sistema Ibérico. En Aragón se pueden diferenciar tres grandes zonas: El área pirenaica, la Depresión del Ebro y las sierras Ibéricas, que, a su vez, conforman distintos climas, vegetación y fauna.

El Pirineo aragonés ocupa la zona central de la Cordillera y es donde podemos contemplar los auténticos paisajes alpinos, con grandes crestas y profundos y escarpados valles. En ellos se encuentran el Monte Perdido (3.355 m.), Les Posets (3.367 m.) y el Aneto (3.404 m.), los picos más altos de toda la Cordillera. Son el límite natural con Francia y solo encontramos un paso, el de Somport, en el valle de Canfranc, viable durante todo el año.

Parque Nacional de Ordesa y Monte Perdido

Referente al Monte Perdido, existe una leyenda aragonesa en la que se cuenta que dicen que hubo un tiempo en el cual allí, en ese paraje, no había ninguna montaña. Eran amplios prados en los cuales los pastores llevaban a pastar a sus ovejas. Cuenta la leyenda que uno de estos pastores estaba tranquilamente sentado, tallando con su navaja en una rama de boj. Entre tanto, un hombre se le acercó. Se trataba de un mendigo, pobremente vestido, descalzo y con rostro demacrado tras tantos días de ayuno. Éste le habló al pastor diciendo:

- Llevo mucho tiempo sin probar bocado. Deme algo de comer, Dios se lo pagará.

El pastor, duro de corazón, no le hizo ni el menor caso. El mendigo siguió insistiendo, pero el pastor le respondió de malas maneras reprochándole que él también pasaba hambre y frío. Finalmente, el pastor se volvió a concentrar en la talla del boj. Mientras, el mendigo seguía insistiendo en vano... Cuenta la leyenda, que instantes después de negarle auxilio al mendigo, el valle quedó impregnado de niebla. El pastor, amedrentado, se desentendió del mendigo con el fin de recoger el ganado disperso por el prado. Pero, con aquellas nieblas, se hacía completamente imposible. Estaban irremediablemente perdidos. Los nubarrones tornaron en una intensa lluvia, como jamás se había producido en los Pirineos. Perro, pastor y ganado se perdieron definitivamente y nunca más se supo de ellos. Los montañeses afirman que justo donde se perdieron, apareció una nueva montaña formada de piedra y hielo. Sin duda la más formidable, impresionante y peligrosa del Pirineo. Fue el castigo a aquel pastor que había negado a San Antonio un

currusco de pan. Puesto que él dijo, cuando el pastor le negó caridad: "Te perderás por avaricioso, y allí donde te pierdas, saldrá un gran monte, inmenso, tan grande como tu falta de caridad". Es por ello que el Monte Perdido está compuesto sólo de rocas y hielo, como el corazón del pastor.

Sierra de Guara

Monegros, en Zaragoza

Paralelas al Pirineo se encuentran las llamadas Sierras prepirenaicas exteriores, entre las que figuran las de Loarre, Santo Domingo o Guara. La erosión fluvial en estas zonas de montaña ha provocado la creación de importantes valles pirenaicos. Ansó, Aragües, Ara, Broto, Pineta, Benasque y Canfranc se alinean en las faldas del imponente macizo pirenaico.

Desde la altura de los Pirineos, en la provincia de Huesca, bajamos hacia las amplias llanuras del valle del Ebro, abierto hacia el Mediterráneo a través de la cadena montañosa del litoral catalán. Cruzado por el río del mismo nombre, se extiende entre la Cordillera Ibérica y el Pirineo, y aunque el conjunto sea una depresión, forma un relieve variado. Las áreas centrales están bañadas por los afluentes del Ebro como el Arga, Gállego, Cinca, Jalón y Huerva.

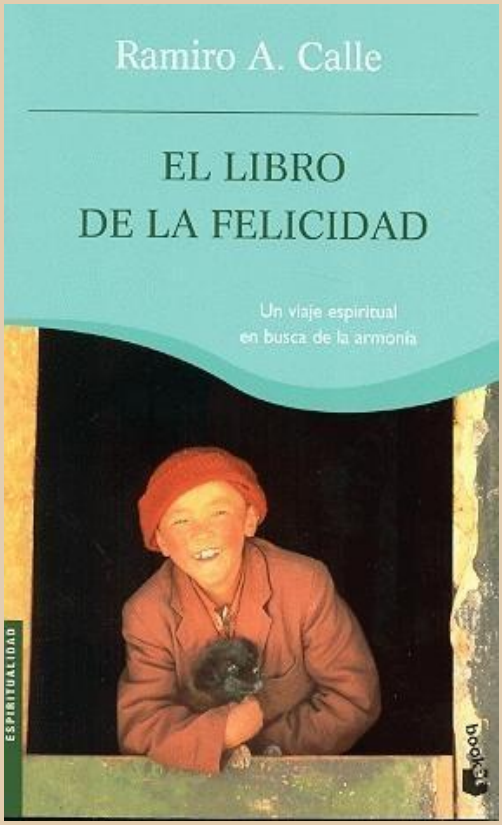
La población se concentra alrededor de los grandes ríos, lo que provoca una gran diferencia entre las zonas de regadío y los secanos. Así, en superficies como los Monegros, la densidad de población es mínima. El centro de la depresión se caracteriza, por tanto, por ser mucho más seco que los rebordes de la misma. Las lluvias disminuyen hacia el centro, de tal forma que existen zonas semiáridas, casi desérticas, como los citados Monegros, en Zaragoza.

La Cordillera Ibérica se extiende en el suroeste de la Comunidad. Abarca el oeste de la provincia de Zaragoza y el suroeste de la de Teruel. Está formada por amplias depresiones longitudinales, y pequeñas cuencas la escinden en varias unidades, por lo que desaparece su carácter de Cordillera continua. De norte a sur, numerosas sierras componen este macizo montañoso, entre las que destacan la Sierra del Moncayo, donde se encuentra el famoso pico del Moncayo (2.316 m.) y los de la Virgen, Santa Cruz, Albarracín y Javalambre.

El Moncayo

La variedad de sistemas geográficos conforman un clima sumamente distinto en cada zona. Frente al continental del área pirenaica y de la parte norte de la Cordillera Ibérica, encontramos en el centro de la Depresión un clima mediterráneo muy seco, subdesértico en algunos sectores, que podríamos denominar casi continental. Característico también de la región es el fuerte viento que se deja sentir en toda la parte central de la Depresión, denominado Cierzo. La posición del valle, entre el Cantábrico y el Mediterráneo, así como la de las Cordilleras que lo rodean, hace posible la aparición de este frío viento.

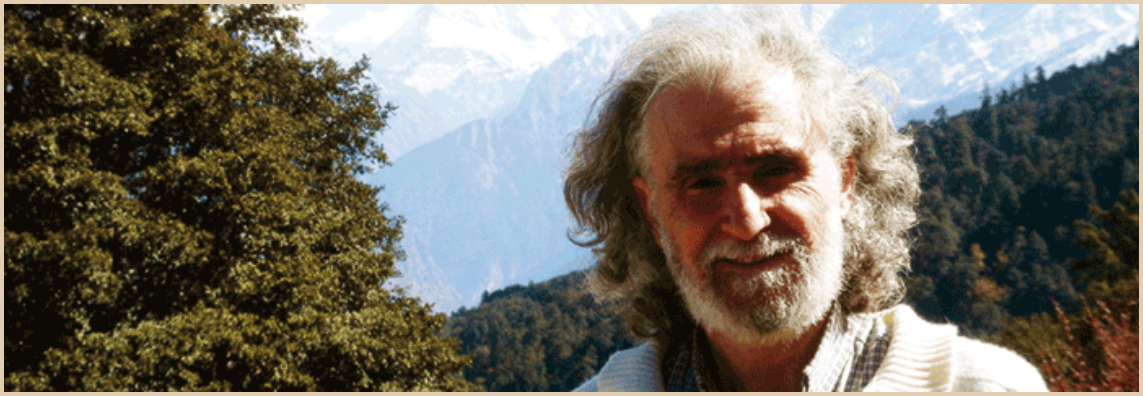
El Rincón Del Lector



"Dios estaba solo. Sintió el deseo de compañía y creó seres que se la brindasen. Pero esas criaturas acabaron hallando la llave de la felicidad, que les abrió las puertas del lugar en que Él moraba. Dios volvió a estar solo y triste. ¿Qué hacer? Podía crear otros seres pero era necesario que no volvieran a descubrir la llave de la felicidad. Reflexionó largo tiempo. Estaba decidido a crear al ser humano, pero se preguntaba dónde ocultarle la llave. Aunque la guardase en los confines del Universo, allí también llegaría. ¿Dónde hallar un sitio en el que éste nunca buscaría? Las tinieblas de la noche iban cediendo ante la luz del amanecer. Dios tuvo una ocurrencia magnífica: creó al ser humano y en su interior ocultó la llave de la felicidad. Allí nunca la encontraría".

Esta es uno de las ciento veinticinco historias recogidas en "El libro de la felicidad" de Ramiro Calle, de la editorial Martínez Roca, que, junto con "El libro de la serenidad" y "El libro del amor" forma parte de una trilogía dedicada a vivir en equilibrio. Otros títulos publicados por el escritor son: "El Faquir", "La mirada de Shiva y otros relatos sobre la India", "Las fábulas de amor del viejo marinero" y "Siddharta, el príncipe iluminado". "El libro de la felicidad" es un viaje espiritual para encontrar la armonía mental, la salud emocional y la paz interior. Son cuentos procedentes de la India, de la Biblia, del Budismo, citas de pensadores occidentales y orientales. Estas son algunas de sus frases:

-"No hay otra felicidad que la paz interior" (Buda).
- "Sujeta tu mente como si quisieras amarrar firmemente una barcaza a la orilla de un río".
-"Virtud, concentración y sabiduría conducen a la conciencia iluminada".
- "Si puedo resolverlo, lo resuelvo; si no puedo, lo resuelvo en mi interior".
- "Si alguien quiere darte un objeto y tú no lo coges, él se lo queda. Si no cogemos el desprecio, el otro se lo queda, se lo regalamos".
- "Porque soy débil comprendo tu debilidad. No digas lo que hay que hacer, simplemente hazlo".
- "Yo no puedo cambiar las circunstancias pero puedo ser dueño de mis actitudes".
-"Si ocurre está bien. Si no ocurre está bien".
- "Intenciones nobles y proceder correcto. Pureza y acción pura".
- "Esto también pasará".
- "Cuando haya que pensar, piensa; cuando no sea necesario, permanece alerta y sosegado percibiendo lo que es a cada momento".



El autor, Ramiro Calle, es pionero de la enseñanza del yoga en España, siendo el primero en promover investigaciones médicas sobre esta terapia en nuestro país, en colaboración con destacados médicos y especialistas. Ha publicado más de doscientas obras, en las que trata en profundidad los efectos terapéuticos de la psicología oriental. Desde 1971 dirige el mayor centro de yoga en España, el Centro de Yoga Shadak (Madrid).

La Bruja Raimunda

Hace mucho, mucho tiempo, casi antes de que los abuelos de los abuelos de nuestros tatarabuelos miraran hacia el cielo estrellado de Jabaloyas, hubo en el pueblo una hermosa muchacha llamada Filomena. Su padre estaba tan encariñado con ella, que apenas sí la dejaba salir de casa, temiendo que algún peligro acechara a la doncella. Su belleza era grande, casi tanto como su corazón, que era noble y puro. Filomena se dedicaba a los quehaceres de la casa, ayudando a su madre con la costura y el cuidado de las gallinas y conejos del corral, que eran parte del sustento de la familia. Nunca salía sola, y las pocas veces que traspasaba el umbral de su encalada casa, lo hacía acompañada de sus hermanas, que caminaban junto a la más joven llevando canastos con ropa para lavar en la fuente de La Canal.

Estaban las tres hermanas una tarde aclarando la ropa, cuando pasó Felipe en su caballo; venía cabalgando desde el Javalón, rifle al hombro, hebra de hierba entre los labios, mirada azul infinita, porte gallardo y juvenil. Las muchachas interrumpieron su rutina, distraídas por la presencia del guapo mozo. Las mayores se rieron divertidas; Filomena, en su inocencia, se sorprendió descubriendo en Felipe al príncipe de sus cuentos de hadas. Todo en él le resultaba conocido a la vez que inalcanzable; mientras se preguntaba el por qué de su corazón acelerado, Felipe se percató de su mirada fija en él. Volvió el rostro y sus ojos se encontraron. Él no la había visto así antes; sabía que era la menor de las hijas de Manolo el herrero, pero apenas tenía noticia de ella, tan protegida y mimada por el severo padre. Pero hoy, sin más compañía que la de sus hermanas, ni mil muros habrían podido ser obstáculo entre ellos. A su alrededor se hizo la nada; el tiempo se paró… hasta parecía como si los pájaros hubieran decidido guardar silencio, impresionados ante la unión de los jóvenes corazones a través de una única mirada. Mirada de sorpresa en lo inesperado del encuentro, de las sensaciones que recorrieron a ambos mientras se miraban con estupor. Nadie podría saber cuánto duró ese momento; para ambos fue el suficiente para darse cuenta que todo lo demás, no importaba.

A partir de entonces, empezaron a buscarse. Filomena observaba desde la ventana de su habitación. Empezó a conocer cuándo pasaba Felipe con su caballo, cuándo iba a regar el huerto, cuándo iba a cazar… y se dio cuenta que siempre que iba a lavar a la Canal, él pasaba, casualmente, con su caballo por el camino. También, cuando los vendedores iban a la plaza del pueblo con su mercancía, Felipe estaba por allí, hablando con algún vecino. Podría parecer simple casualidad… pero las miradas de ambos eran inconfundibles. Un amor sereno y firme había nacido entre los jóvenes. Y aunque Filomena era custodiada incansablemente, ora por sus hermanas, ora por sus padres, como todo en esta vida, cuando se desea de verdad, acabó llegando el momento en el que ambos pudieron cruzar la barrera invisible que les separaba. Esto ocurrió durante la fiesta de Los Mozos. Aquella noche había un baile al que iba a asistir todo el pueblo de Jabaloyas. El cielo estaba despejado, y parecía como si un millón de pequeños alfileres hubieran sido prendidos en una pieza de terciopelo azul oscuro, tantas eran las estrellas que lo poblaban. Filomena fue al baile con su familia. Era tímida ante las miradas de las vecinas, no acostumbrados a verla en este tipo de reuniones. Pero los músicos tocaban con alegría; la gente danzaba entre risas, y los que no bailaban, daban palmas desde sus asientos, observando a los bailarines y comentando sobre las parejas. Filomena les observaba, sonriendo ante su diversión, pero secretamente buscando al joven motivo de sus desvelos. E igual que el relámpago y el rayo van unidos, no podía ser que Felipe andara muy lejos. Atrevido, se acercó a la muchacha, y cogiendo su mano, la arrastró dulcemente hacia el centro del salón. Y lo que fue timidez, casi miedo, ante lo inédito de la situación, se transformó en placer al estar en brazos de Felipe; ya no había remedio: el corazón de Filomena era suyo. Y juntos danzaron y danzaron toda la noche, embriagados de amor. E igual que parecía que no pudiera haber dos personas más felices sobre la faz de la tierra, tampoco podía haber un ser más desgraciado que Manolo, el padre de Filomena. Su tesoro, su dulce criatura, en brazos de aquel muchacho. ¡No lo permitiría! Tanta preocupación por retenerla en el refugio de seguridad que había construido para ella, al verla girando en

brazos de Felipe, le parecía como si hubiera encerrado un pajarillo en una hermosa jaula de oro, y ahora este escapara, ajeno al dolor que su marcha dejaba a su paso.

Pero Manolo no estaba solo. Raimunda, vecina de Jabaloyas, le observaba desde el otro lado del salón. Viendo el odio en sus ojos, sonrió.

-"Por unas monedas acabaré con tu problema"-, le susurró discretamente, en cuanto pudo acercarse a él. Manolo la miró, sobresaltado. Era un secreto a voces que Raimunda era bruja. Pero no una bruja cualquiera... ella era bruja de las de sombrero de punta, escoba entre las canillas y gato negro. Bruja piruja, de las de magia negra y bola de cristal, de las que ponen velas negras, hacen magia potagia y tienen una verruga en la nariz. ¿Sería demasiado peligroso recurrir a Raimunda para apartar a su hermosa flor de Felipe? Pero hasta mil monedas de oro daría él por su preciosa niña. Así que, aceptó, con la condición de que Filomena no sufriera daño alguno.

Raimunda corrió a su escondrijo. En su casa, que más que casa, aquello parecía una cueva, de tan oscuro y lleno de ortigas que estaba, ni los perros del pueblo se atrevían a colarse dentro. Nada bueno podía salir de aquel agujero donde la bruja hacía sus conjuros, invocando al demonio y vendiendo almas, mientras daba vueltas al caldero que gorgoteaba con los ojos de rana, colas de ratón y lenguas de víbora, ingredientes indispensables para que los sortilegios de una bruja mala tengan la eficacia deseada. Todavía era noche cerrada. Las gentes regresaban a sus casas, cansadas de la danza y el jolgorio. Hacía frío y era la hora de descansar. Felipe regresaba a casa, invadido de felicidad por haber tenido entre sus brazos a su querido ángel. Pasaba frente a la Casa de la Sirena, cuando se encontró con Raimunda. Se sobresaltó ante la diabólica mirada de la bruja. Sus ojos parecían amarillos, la mirada oblicua como la de un gato; las manos, garras que se extendían hacia su cuello. Antes de que pudiera apartar a la bruja Raimunda, esta se había lanzado hacia él, introduciéndole en la boca lo que parecía ser una piedra negra. Se llevó las manos al cuello y, entre espasmos, se retorció hasta que cayó al suelo, inmóvil. Raimunda se acercó entonces a él. Le miró, divertida ante el malévolo acto. Había sido tan fácil... observó al joven, que yacía inconsciente en el suelo. Sus mejillas todavía estaban encendidas, reflejo de un corazón enamorado, juventud lozana y fresca. Y aunque Raimunda era bruja piruja y tenía una verruga en la punta de su prominente narizota, aún así era mujer, y además un poco superflua, por lo que no pudo evitar mirar más de cerca a Felipe, y darse cuenta de que aunque le había perjudicado un poco con su hechizo brujeril, había que reconocer que el mozo estaba de buen ver. Tantos años de soledad, todo el mundo necesita un compañero a su lado, y hasta la bruja más bruja aceptaría de buen grado a un hombre como Felipe... aunque solo fuera para darle un poco de conversación, pues la caldera y el gato negro eran de pocas palabras. Deslizó entonces sus garras por el joven rostro con amoroso gesto –dentro de todo el amor que una bruja mala puede albergar; vamos, más bien poco-. Abrió entonces los ojos Felipe y, aterrorizado, levantó los brazos para alejar de sí a la bruja. Entonces Raimunda, sin pensarlo dos veces, gritó: "¡Escaramujo, brujo, vente acá! ¡Escaramujo, brujo! ¿Quién te salvará?" Al instante, ante la mirada atónita de Felipe, sus manos se transformaron en ramas; su cintura, en tallo, sus cabellos, en flor. La bruja lo agarró presurosa, y corrió y corrió por el pueblo, ocultándose entre las sombras. Corrió y corrió Veguilla abajo. Pronto, en un pequeño cerro, hizo un círculo de piedras y hundió allí la rama de escaramujo en la que se había transformado Felipe. "Serás mío aún cuando no quieras", pensó la bruja. Y regresó a su escondrijo. Y así fue cómo desapareció Felipe. Claro, esto solo lo sabía la bruja, porque el resto del pueblo se preguntaba qué había sido del muchacho. Y quien más pensaba en él, entre suspiros de añoranza y nostalgia por aquellos brazos que con tanta dulzura la habían rodeado, era Filomena. La inocente moza permanecía las noches en vela, mirando a través de su ventana la noche que con sus sombras apartó de su vida a su joven amor. Algo había tenido que ocurrirle. Sus ojos eran puros; sus palabras, sinceras; no podía ser que Felipe se hubiera ido sin más. Pero, ¿qué había sucedido con él? Totalmente ajena al dolor que había provocado en el corazón de Filomena, la bruja Raimunda era feliz en su malignidad. Porque cada noche de luna llena, la maligna arpía corría hacia el cerro donde se encontraba Felipe, transformado en escaramujo.

Entonces repetía el conjuro" ¡Escaramujo, brujo, vente ya acá! ¡Escaramujo, brujo!, ¿quién te salvará?"y la rama se transformaba en hombre. En los minutos en los que Felipe volvía a ser persona, el hechizo hacía que permaneciera dormido. Entonces la bruja disfrutaba acariciando su varonil rostro, bañado por los rayos de luna que iluminaban los campos de Jabaloyas. Tan ensimismada vivía estos momentos de intimidad con el hechizado Felipe, que comenzó a descuidar lo secreto de sus visitas. Y a medida que los inviernos y las primaveras pasaban, lo que pareció una cosa curiosa pasó a ser coincidencia, para más tarde levantar las sospechas dentro de la cabeza de Filomena. Porque ella seguía añorando a su joven enamorado. Permanecía despierta durante las noches, esperando su regreso. Y tantas noches en vela frente a su ventana, hicieron que se percatara de que la bruja Raimunda, cuando había luna llena, se dirigía por La Veguilla hacia los cerros. ¿Qué iría a buscar la bruja aquella a esas horas? Nada bueno podía tramar esa mala mujer, se dijo la triste Filomena. Y como sus noches estaban tan vacías como sus días sin Felipe, decidió seguir a Raimunda y averiguar qué tramaba la vieja. Cuál no sería su sorpresa al ver, desde su escondite tras el trigo de los sembrados, que Raimunda le hablaba a algo que yacía entre un círculo de piedras, hasta que allí aparecía el objeto de su amor y desvelo. Las lágrimas corrieron por sus mejillas, aterrorizada ante lo inexplicable. Temblaba descontroladamente… ¡Felipe estaba vivo! Siempre había estado muy cerca de ella. Siempre había sabido que él no la había abandonado sin decir adiós. La bruja Raimunda les había separado. Mientras la verdad se abría paso en su mente a través del dolor del descubrimiento de tanto mal, la bruja Raimunda pasó al lado de ella, de vuelta al pueblo. Iba tan contenta, que no se había percatado que Filomena había descubierto su secreto. Cuando pudo recuperarse de la impresión, corrió al lugar donde la bruja había estado haciendo sus conjuros, pero no vio a Felipe. ¿Cómo podía ser esto? ¿Había vuelto a perderle? Pero Filomena no se rendiría. Ahora que había descubierto a Felipe, nada ni nadie podría volverles a separar. Esperó, porque aunque joven, era sabia, y conocía que casi todo en esta vida, con paciencia y perseverancia, se consigue. Y esperó y esperó, hasta que volvió a haber luna llena, y Raimunda volvió a caminar por las sombras del pueblo, Veguilla abajo. Era tan grande el júbilo de la bruja que, ajena a todo, más que correr, volaba de gozo para reunirse con el joven hechizado. Cuando subió al cerro y estuvo frente al círculo de piedras, extendió las sucias garras hacia el cielo estrellado y gritó, jubilosa ""¡Escaramujo, brujo, vente ya acá! ¡Escaramujo, brujo!, ¿quién te salvará?" De repente, sin previo aviso, la dulce Filomena salió de entre las sombras y gritó, entre lágrimas "¡yo, yo le salvaré!" Entonces la bruja profirió un grito desgarrador y, retorciéndose, se transformó en polvo, que el viento se llevó para perderse en el infinito. Filomena estaba en el suelo, de rodillas, mientras sollozaba aterrorizada. Sus manos cubrían sus ojos, incapaz de aceptar lo que había presenciado. Pero pronto otras manos apartaron las suyas, y sintió los brazos que ya hacía tiempo otra noche la habían rodeado. Levantó el rostro, y vio que Felipe la miraba con inmensa dulzura. Entrelazaron sus manos y corrieron Veguilla arriba. Los campos de trigo refulgían bajo la luz lunar. El viento parecía hablar y contarle a las estrellas que esa noche el amor había vencido y se había llevado del pueblo de Jabaloyas a una bruja mala. Tan mala como solo puede ser una bruja de Jabaloyas. Así que así acaba esta historia. Bueno, sí, para quien quiera saber más, Felipe y Filomena se casaron, y era tan grande su felicidad y tan grande el arrepentimiento del padre de Filomena por haber recurrido a las habilidades de la bruja, que en un acto de generosidad, adoptaron al gato negro de la bruja, e hicieron una subasta con el caldero brujeril, en la que sacaron unos cuantos cuartos para la Asociación Cultural San Cristóbal de Jabaloyas. Y gracias a aquellos cuartos de los abuelos de los abuelos de nuestros tatarabuelos, hoy se ha podido hacer esta revista donde Raquel os cuenta esta historia de amor brujeril. Conclusión: en las noches de luna llena, no salgas a la calle, porque se dice que la bruja Raimunda acecha entre las sombras… y… ¿quién sabe? Tú podrías ser el próximo…

Raquel Cadierno Domingo

Agradecimientos

Esta revista es un proyecto de la Asociación Cultural San Cristóbal. El título de "El Escaramujo", diseño y elaboración de este número han sido realizados por Raquel Cadierno Domingo.

Gracias a Manolo Amenedo por animarme a llevar a cabo la revista; a Conchi, Víctor, Javi, Guillermo, Ismael y Milagros por darme su opinión y sugerencias; a Mamen en especial, porque sin ella, esta revista no habría visto la luz; a Patxi, por sus consejos en cuanto a la edición. Gracias a Eloy por compartir sus recuerdos conmigo; a Baltasar, por dedicarme su tiempo a pesar de no tenerlo –su entrevista fue hecha entre dos misas-, y a Rosa, por darme notas sobre plantas, las cuales me ayudaron a encontrar un título para esta revista.
Gracias a los amigos que cuidan de mí y que hacen que volver a Jabaloyas sea una necesidad.

Dedico "El Escaramujo" a un fenómeno: mi padre, Victoriano, y a todos aquellos que le echáis de menos.

Raquel Cadierno Domingo